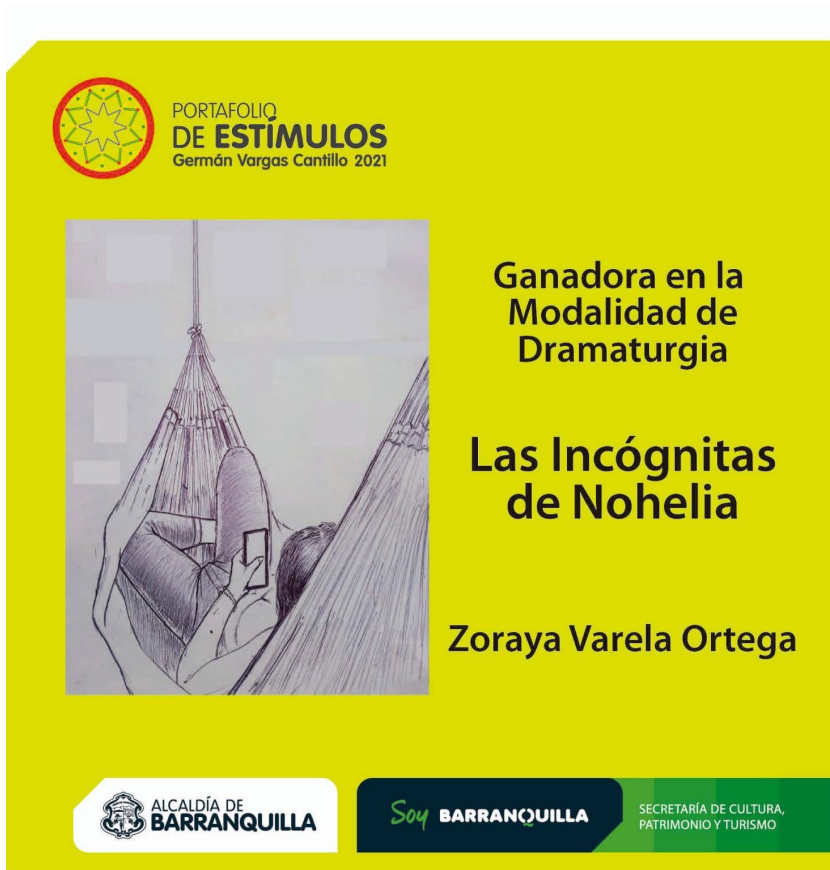


Las incógnitas de Nohelia

Por: Zoraya Varela Ortega



PORTAFOLIO
DE ESTIMULOS
Germán Vargas Cantillo 2021

**Ganadora en la
Modalidad de
Dramaturgia**

**Las Incógnitas
de Nohelia**

Zoraya Varela Ortega

ALCALDÍA DE
BARRANQUILLA

Soy **BARRANQUILLA**

SECRETARÍA DE CULTURA,
PATRIMONIO Y TURISMO

Zoraya Esneider Varela Ortega: Nació un 3 de agosto, en medio de la realidad de una madre sumisa y carente de autonomía, donde papá, previamente daba su visto bueno a todos los actos de la familia. Por tanto, la madre no pudo decidir el día y la hora en que debía registrar a su hija. En esa época, los padres se dormían en los laureles, sumergidos en sus “roles de hombres”, pues registrar a una hija a los pocos días de nacida no era propiamente un deber de carácter obligatorio. En esas realidades, ya había gobernantes tumbados a la bartola, sin voluntad política, incapaces de establecer criterios para la búsqueda de la equidad entre padres y madres, lo cual pudiera posibilitar, en estos casos, la pronta gestión del registro civil del recién nacido.

Ante esa crucial situación, la abuela paterna “tuvo la fabulosa idea” de registrarla en el Municipio de Candelaria, Atlántico, como figura en su cédula de



ciudadanía, y de ninguna manera en Barranquilla, ciudad donde realmente nació. Entonces, a la edad de diecisiete años obtuvo el registro civil de nacimiento y, casi al mismo tiempo, se graduaba de bachiller del Colegio de Barranquilla para “Señoritas”. Así le llamaban en ese entonces. Estando en cuarto de bachillerato, inició las prácticas de teatro con el profesor Julio Lamboglia. Posteriormente, hacia los años noventa se profesionalizó en la Academia de Artes del Caribe como actriz de teatro, cine y televisión, donde tuvo la oportunidad de participar como actriz en el montaje de algunas obras de teatro y en una serie de dramatizados de la Uniautónoma Televisión. De igual forma, es autora del guion *Punta Dorada*, llevado a cortometraje y luego adaptado para la televisión como *Loco por tu amor*, al aire por el canal regional TeleCaribe.

Estudió ingeniería de sistemas. No obstante, hacia el año 2007 obtuvo el título de Maestra en Arte Dramático y, en el 2019, como Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe en la Universidad del Atlántico. En 2016, se especializó en Cultura de Paz, Cohesión Social y Diálogo Intercultural en el Institut de Formació Contínua IL3 de la Universidad de Barcelona. Es docente catedrática del Programa de Arte Dramático de la Universidad del Atlántico y escribe para la columna *Voces de mujeres* del Diario La Libertad, espacio que tiene la Confluencia de Mujeres para la Acción Pública. De igual forma, ha escrito artículos en algunas revistas nacionales e internacionales. Hacia el año 2018, la Fundación Ser-

vir –Red Global de Profesionales- ASERVIR, le otorga diploma de honor por su participación destacada en el *Primer Concurso Internacional de Narrativa, Cuento y Poesía – Reconciliación y Paz-* adhiriendo al Museo de la Palabra su concepto conmemorativo “La palabra como vínculo de la humanidad”. Participa con la serie de relatos *Con Alma y Corazón*. Recientemente, en el año 2021 gana el Portafolio de Estímulos ‘German Vargas Cantillo’ en la modalidad de Teatro-Dramaturgia con *Las Incógnitas de Nohelia*, convocatoria realizada por la Secretaria Distrital de Cultura, Patrimonio y Turismo de la ciudad de Barranquilla.

Las Incógnitas de Nohelia, un drama donde la evocación es el elemento fundamental para reconstruir la memoria infantil de la protagonista de este drama quien, en medio de una teleconsulta con su psicólogo, hurga en su pasado para buscar de alguna manera la explicación para su orientación sexual, por lo que Nohelia transmite sus inquietudes al psicólogo, pero, finalmente, este no le expresa lo que ella requiere. En otro sentido, en la dramaturgia se devela el acontecer histórico de la crianza de unas niñas y su descubrimiento de la sexualidad, la cual es enmarcada bajo una serie de paradigmas culturales que generan construcciones mentales adversas.

PERSONAJES

NOHELIA

PSICÓLOGO

TELECONSULTA

NOHELIA está en su habitación, recostada en una hamaca. Mira su reloj, que marca las 2:30 p. m. Toma su celular y se dedica a revisarlo. Está algo inquieta. Suena el celular y responde de inmediato.

NOHELIA.—Hola. Lo esperaba hace un buen rato.

PSICÓLOGO.—Buenas tardes, Nohelia. Disculpa mi tardanza; tuve inconvenientes para comunicarme. Pero bien, aquí estamos. Te escucho.

NOHELIA.—¿Así de simple, doctor? ¿No se supone que usted pregunta qué me pasa o por qué estoy aquí, mientras yo me hago la idea de que estoy recostada en un diván para sentirme más cómoda? Algo así como en las películas.

PSICÓLOGO.—(Ríe). El diván se lo dejamos a Freud, que fue quien se lo inventó. Tú relájate y cuéntame lo que sientes. Esto es una consulta virtual y será breve.

NOHELIA.—OK. (Pone una almohada en la hamaca y recuesta su cabeza. Se impulsa con un pie en el piso y continúa el movimiento pendular de la hamaca. Respira profundamente y exhala). Mi profesora de Comportamiento y Salud decía que las costumbres son parte esencial de una persona, y que estas influyen en su conducta de acuerdo con lo que le hayan enseñado en el seno familiar. Es por eso que estoy aquí. (Pausa).

PSICÓLOGO.—Así es. Continúa, por favor.

NOHELIA.—Siempre oímos decir dichos a la gente, como “árbol que crece torcido jamás su tronco endereza”, “dime con quién andas y te diré quién eres” o “el que a buen árbol se arrima buena sombra lo cobija”. Todo con el fin de dictaminar cómo debemos ser criados, con quién debemos hacer nuestras andanzas o los mecanismos de los cuales debemos valernos para recorrer el camino de la vida. ¡Claro está!, según la percepción que tengamos de lo que es la vida. En fin... Las costumbres son costumbres... y, gracias a todo ello, he venido reflexionando sobre cómo nos enseñaron modales durante la infancia y, sobre todo, cómo asumían las madres nuestra educación sexual. ¡Hum! Para mi familia fue un viacrucis, dadas nuestras costumbres. Hoy en día sigue siendo el dolor de cabeza tanto de madres como de padres. Pero... ¿por dónde empiezo, doctor? No sé cómo decirle. Son muchas las incógnitas que tengo...

PSICÓLOGO.—Empieza por donde quieras. Da igual.

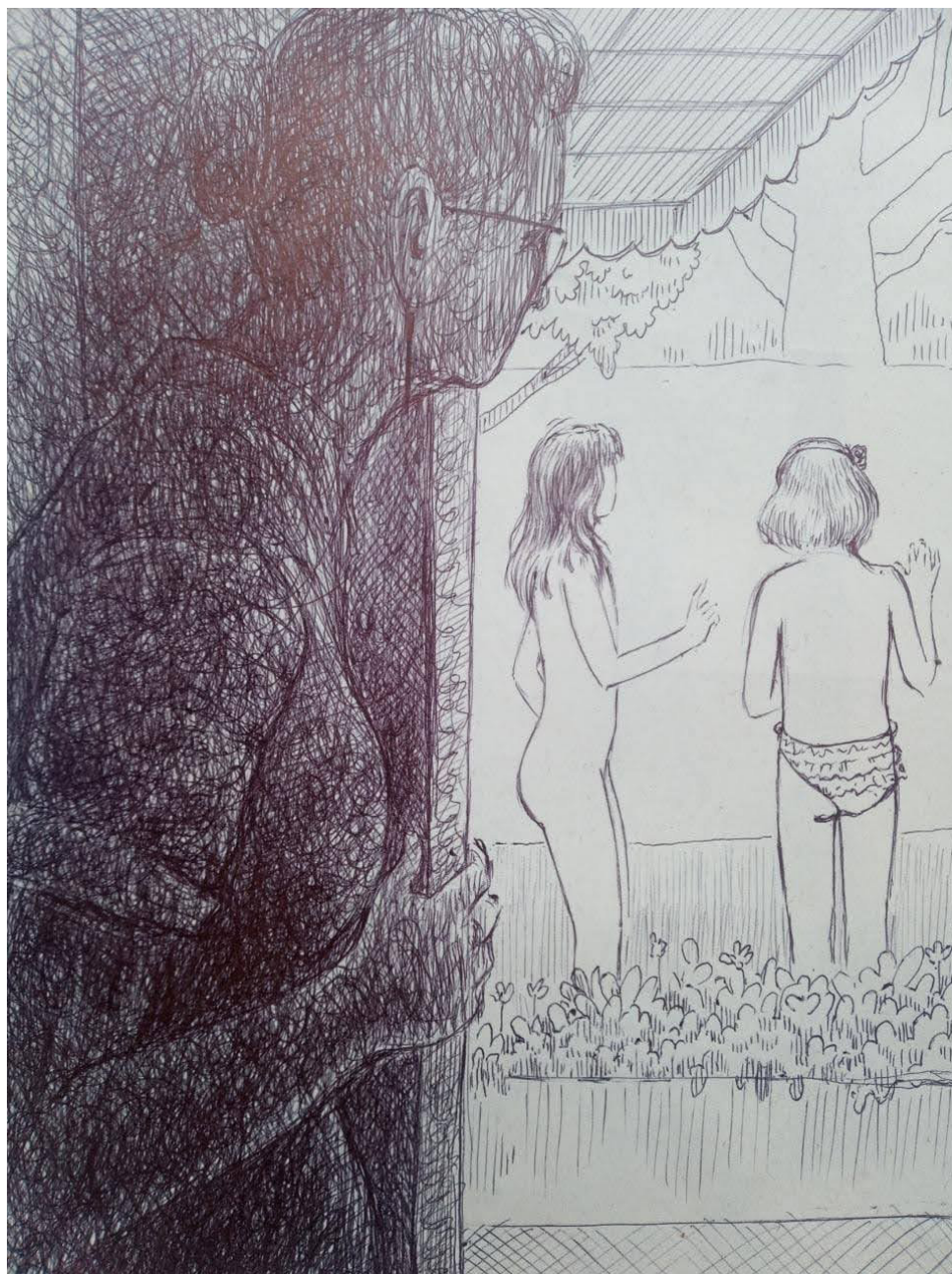
NOHELIA.—(*Pausa*). ¡Ajá! Sobre mi infancia... (*Se levanta de la hamaca, se pone los auriculares, mete el celular en uno de los bolsillos de su jean y camina de un lugar a otro*). Cómo ha cambiado todo en estos tiempos de pandemia. Ahora hacemos teleconsulta, eso dicen. ¡Bendito! Mire usted, tener que pagar para desahogarse (*ríe*), y sin poder ver su cara, doctor, como para entrar en confianza. ¡Ay, Dios mío! (*Suspira*). Lo bueno es que te dicen previamente: “Este servicio no reemplaza la consulta presencial”. Entonces, ¿para qué la hacen? No hay como los tiempos pasados y los de mi infancia. Eran especiales. Para mí, esos años fueron color de rosa. Nada era bueno ni malo, y el sexo..., aparentemente, según mis padres, no tenía sentido para las niñas o niños. Era una época en que *Los cuentos de los hermanos Grimm*, *Tom y Jerry*, *El pato Donald*, *Los Picapiedras*, *El coyote y el correcaminos* y *La Pantera Rosa* eran lo mejor de la televisión. Bueno..., a veces no faltaba el maloso que se las ingeniaba para que la vida pasara en un instante de color rosa a color rosa intenso y, de ahí, a rojo encendido. Recuerdo que había algunos niños “inocentes” que se las arreglaban para llenarse la cabeza de películas de terror hasta erupcionar como un volcán enfurecido a causa de las múltiples aventuras de *Blanca Nieves y los siete enanitos*, esas que presentaban en el canal X. Dizque prohibido para menores de edad. ¡Ay, bendito, la infancia! Esa época en que se fabrican todas

esas raras travesuras. Por ejemplo, una vez mi primo tomó un banquito y, cautelosamente, sin que nadie lo viera, se fue para el establo donde permanecían el toro negro, la vaca y una burrita que tenía mi abuelo. Yo, igual de niña que él, lo seguí mientras pensaba: “¿Será que irá a ordeñar a la vaca? ¿Pero quién lo mandó? ¿Y a esta hora?”. Era justo a la hora de la siesta; me parecía rara la cuestión. Y, en vista de eso, me acerqué hasta el lugar adonde llegó y me quedé tras el platanal. Lo escuché hablándole tiernamente a la burra, como si fuera una persona. Él, subido en el banquito, ubicado justo en la parte trasera y central de la animalita, con el rabo de ella en el hombro, mientras con un palito que había cortado de cualquier árbol, al que le dejó solo dos hojitas en la punta, le hacía cosquillas en el lomo. ¡Uf! En aquel momento no entendí lo que hacía mi primo, pero con el tiempo comprendí la urgencia que tenía de desahogarse.

Yo no comprendía por qué papá y mamá peleaban tanto, pero veía que por las noches se acostaban disgustados y por la mañana se levantaban felices, como si nada hubiera pasado. Lo curioso es que, cuando esto sucedía, nos mandaban a dormir temprano. La habitación que compartíamos mi hermana y yo quedaba al lado de la de ellos. Se sentía que estaban inquietos; era como si saltaran en la cama jugando al brinca-brinca, y nosotras con ganas de que nos abrieran la puerta para jugar con ellos. Estaba convencida de que papá y mi mamá padecían el sofisticado mal de Alzheimer, porque

todo eso que hacían se les olvidaba. De raro no tenía nada, considerando que, en este país, al parecer gran parte de la población padece de la pérdida parcial o total de la memoria, pues algunos no recuerdan sus orígenes; otros, las guerras y hasta los malos gobernantes que hemos tenido. Es que muchos no recuerdan ni la historia más reciente. El asunto es que veía a papá y a mamá levantarse muy temprano por la mañana, directo a bañarse juntitos, agarraditos de la mano y bastante risueños, como si nada. Pensaba que ellos también jugaban todo el tiempo como los niños y las niñas; creía que la vida era jugar y jugar y que ir al colegio era un castigo ejemplar que nos imponían cuando nos portábamos mal.

¡Ay, la infancia! Recuerdo que, a mi primito Nacho, por esos días lo mandaban al colegio a doble jornada. Antes no era frecuente esa cuestión, y lo hacían como un castigo a quien se portaba mal, según lo que decía papá. Bueno, lo mandaban al colegio porque no dejaba de andar con su mejor amiga, la italiana Manolína Palmieri: así le decía mi abuelita. Me imaginaba a esa niña de tantas maneras y con diferentes rostros. No entendía qué tenía de malo tener una amiguita; lo peor de todo era que la abuela no se cansaba de repetirle todos los días lo mismo; si se iba al colegio, le decía (*imitando la voz de la abuela*): “Cuidadito te quedas por ahí con tu amadísima amiga, la italiana”. Si venía del colegio, le decía: “Seguro estabas escondido con tu querida amiga Manolína. Esa vampiresa te tiene tan flaco



que pareces la semilla de un mamón, todo chupado”. Y yo... ¡Hum! Me quedé con las ganas de conocer a la tal italiana, Manolina Palmieri. ¡Qué vaina! Esos cuentos que se inventaban las mamás o las abuelas cuando éramos pequeñas en los que le daban un sentido pecaminoso a la sexualidad. Tenía ocho años de edad cuando mi abuelita... (*Pausa*).

PSICÓLOGO.—Continúa, por favor.

NOHELIA.—Sí, doctor. Mi abuelita nos lidió más que mi mamá, que siempre estaba ocupada ¡trabajando, trabajando y trabajando! Haciendo no sé qué. (*Sigue caminando de un lugar a otro y, mientras habla, toma entre sus manos los objetos que están a su alcance. Los detalla y los vuelve a poner en su lugar*). El caso es que mi abuelita me sentaba en el piso, al lado de mi hermanita, que era un año menor que yo. Nos hablaba muy cerquita de la cara para corregirnos y enseñarnos ¡dizque buenos modales! (*Ríe*). Y, en tono bajo, nos decía (*imitando la voz de la abuela*): “Hijitas, las niñas son de la casa, deben ayudar a la abuelita a barrer, a lavar los platos, a doblar la ropa, a coser y muchas cosas más del hogar”. Y ahí mismo venía la advertencia (*imitando la voz de la abuela*): “¡Hum! Ahorita va a llegar una visita y, si yo las miro, ustedes disimuladamente se van para el patio, se sientan tranquilitas en sus mecedoras y juegan a las muñequitas. ¡Mucho cuidado con lo que hacen! Estaré pendiente de ustedes”. Lo lamentable de todo era que, cuando la visita se había posesionado del sofá de la sala en toda su

extensión, mi abuelita nos daba una mirada y sonreía, luego nos hacía cuantas muecas se le ocurrían con los ojos, y nosotras, como si nada... hasta que no se aguantaba más y nos daba un tremendo grito: “¡Salgan!”. Y luego, también como si nada, sonreía y le decía a la visita (*imitando la voz de la abuelita*): “Ay, qué pena con ustedes, es que estas niñas son un poco sordas”. Después, nos conducía agarradas de las orejas hasta el patio y nos enumeraba nuevamente las prohibiciones (*imitando la voz de la abuelita*): “¡Hum! Cuidadito se asoman por la ventana a escuchar lo que hablan los mayores. No quiero que me pongan quejas delante de la visita. Cuidadito con armar guachafitas y hacer travesuras en el patio, como agarrarle el pirulí al perro o dejar entrar al vecinito Carlitos”. En ese entonces, la división de los patios era de palitos de matarratón. Y continuaba (*imitando otra vez la voz de la abuelita*): “No le tiren piedras al techo del vecino. Cuidadito con tumbar las guayabas biches. Cuidadito con correr. Cuidadito con saltar. ¡Ojo, mucho ojo! Voy a estar muy pendiente de ustedes. Cuidadito, cuidadito y cuidadito...”. ¡Hum!, un sinnúmero de “no hagas esto, no hagas aquello”, era lo que escuchábamos todo el tiempo. Definitivamente, la infancia está infectada por el síndrome del “¡no!”. Nos confundían tanto, que mi hermanita y yo no sabíamos qué hacer ni entendíamos qué pretendían los grandes de nosotras. En nuestro corto razonar le decía a mi hermanita: “¿Será que mi abuelita quiere que estemos aplastadas en las mecedoras como unas marmotas? Ni que estuviéramos mochas”. Y mi

hermanita me respondía (*imitando la voz de una niña*): “¿Mejor por qué no nos amarra y de paso se amarra ella la lengua? ¡Ahí está! Mírala cómo se divierte de lo lindo todas las tardes. Chacharea y chacharea de la vida ajena con cuanta visita le llega; si no, se la pasa feliz escuchando esas aburridas radio-novelas mientras la comida se le quema”.

Ni siquiera nos dejaba ver los muñequitos en la tele. Bien recuerdo que en ese entonces la televisión era en blanco y negro. Había solo dos canales y la emisión empezaba como a las cuatro de la tarde. Los grandes creen que las niñas la pasan superbién, pero hay que estar en sus pellejos para sentir sus impotencias. Qué tal oír cosas como “tómame la avena, báñate, vamos para la iglesia, orina antes de salir”. O, en el peor de los casos, que te embutan la comida a toda prisa sin que tengas hambre, como si estuvieran rellenando un chorizo. Les parece poco estar sometidos como esclavos a las órdenes de los adultos. ¡Hum!, no es nada fácil.

A veces mi hermanita y yo nos fastidiábamos hasta caer totalmente en el aburrimiento. ¡Sí! Porque también nos aburríamos de hacer todo lo que a los grandes se les ocurría. Por momentos, hacíamos unas pataletas de pura protesta, gritos de impotencia, llantos de súplica, huelgas de hambre; todo, para llamar la atención, pretendiendo que alguien se condoliera de nosotras y tomara en cuenta lo que sentíamos o, al menos, para encontrar una sola respuesta a nuestras preguntas. Y entonces, ¿de

qué sirven los derechos de los niños y de las niñas que tanto pregonan en este país? Pues, ¡de nada!

Andábamos por toda la casa a la expectativa como *pitcher* con bases llenas. Pensábamos que todos nuestros actos eran malos. Sin embargo, nos volvíamos ingenieras para hacerle creer a la abuelita que cumplíamos al pie de la letra con todo lo que nos pedía. ¡Claro está!, mientras ella atendía a su visita,



Ilustraciones.
Nithto Cecilio

nosotras no bajábamos la guardia para ser pilladas *in fraganti*. Una vigilaba y luego lo hacía la otra. Nos turnábamos para hacer exactamente lo contrario a las órdenes recibidas por la sargenta Abuelín. Y entonces, arrancábamos del árbol las guayabas biches, hacíamos pudines de tierra, le jalábamos los bigotes al gato y hasta le agarrábamos el pirulí al perro. Pero... Siempre hay un pero... Toda la paz se terminaba cuando entraba el vecinito Carlitos a nuestro patio. Mi hermanita me tiraba de los pelos, yo la empujaba, ella me arañaba, y finalmente, yo salía triunfadora cuando lograba darle un puñetazo en el estómago y la dejaba sin aliento. Todo por definir a quién le tocaba primero el turno de echarle mano al guineíto que guardaba Carlitos en su pantalón. ¡Carlitos!... Así se llamaba mi vecinito, el único niño con el que podíamos jugar al papá y a la mamá, y eso, a escondidas, cuando a mi abuelita le llegaba la visita. No comprendíamos por qué la abuela se empeñaba tanto en no dejarnos jugar con él. ¿Qué de malo tenía?, era la pregunta que le hacíamos a ella cuando nos pillaba con ese niño. Ella solía decir (*imitando la voz de la abuelita*): “Las niñas no juegan con niños, eso es malo y punto final”. Nunca nos dio una respuesta satisfactoria a nuestras inquietudes de niñas, a sabiendas de que estábamos en la etapa de explorar la sexualidad o en la que simplemente existe atracción sexual. ¿Será cierto, doctor, que si un niño o niña no recibe una respuesta adecuada que satisfaga su inquietud, lo más factible es que acuda a las vías de hecho para satisfacer sus necesidades?

(*El PSICÓLOGO no da respuesta a la pregunta de NOHELIA*).

NOHELIA.—(*Continuando tras la pausa*). Mi abuelita nos recalcaba, con mucha rabia, que no tocáramos ¡nunca más! esos mamoncitos y ese guineíto que guardaba Carlitos en su pantalón. Así le decía al sexo masculino, y siempre hablando en diminutivo. También, nos decía (*imitando la voz de la abuelita*): “¡Eso es pecado! Las puede morder”. Y lo afirmaba con una cara de terror nocturno. ¿Morder? La miraba, pensaba y me daban ganas de decirle lo que pasaba por mi cabeza, pero mejor me callaba por temor al castigo. Aunque más tarde se lo decía a mi hermanita: ¿No será lo contrario? Más bien nosotras podemos morder a Carlitos. Pero ¿por qué no? ¿Qué de malo tiene? ¿Y por qué nos decía tantas mentiras? Eran las incógnitas que teníamos las dos. Pero si hasta bonito se veía cuando crecía el guineíto de Carlitos, especialmente si a mi hermanita se le daba por tocarlo o yo lo acercaba a mi manzanita. Sí, ¡la manzanita! Otro término de mi abuelita, mientras que la maestra le decía “vulva” y mi mamá, “vagina”. Y mi papá... ¡En fin! Una no sabía ni a quién creerle o cuál era su nombre real.

PSICÓLOGO.—(*Luego de carraspear*). Fíjate, Nohelia, ya son las 3:45 de la tarde.

NOHELIA.—(*Siguiendo con la conversación, como si no hubiera escuchado al PSICÓLOGO*). Bueno. A mí me gustaba ver cuando crecía el guineíto de Car-

litos porque él se ponía contentísimo y empezaba a respirar tan rápidamente que yo me contagiaba, y él, con mucho temor, me tocaba las puntas de las margaritas, aun cuando a la edad de ocho años yo era totalmente plana. Ese era otro de los nombres que le había dado la abuelita a lo que la maestra llamaba “mamas” o “senos”, y hasta “tetas”, como les decía mi papá. La verdad... ¡no sé! Nos confundían con tantos nombres que les daban a nuestras zonas erógenas. Y pensar que hoy en día son distintas las cosas. Doctor, el asunto es que Carlitos decía que si me dejaba agarrar las margaritas, sentiría más ganas de respirar profundamente, ¡y era verdad! Empezaba a sentir como una cosquillita por todo mi cuerpo y ganas de darle besitos. No sabía por qué sentía eso, solo sabía que era agradable.

Tampoco entendí nunca por qué la abuelita nos castigó tan duramente el día que nos pilló *in fraganti* con Carlitos. Nos dejó de rodillas por largo tiempo. Una vez quise que me lo explicara, pero no me atreví a lanzarle aquel interrogante. Y ni modo de pedirle aquella respuesta a mamá, si nunca tenía tiempo para nosotras y rara vez estaba en la casa. Los grandes son raros, eso pensaba. Carlitos nos decía que tocar nuestros cuerpos no era malo, que la abuela nos mentía porque él veía a su papá y a su mamá dándose besitos. Entonces, yo no comprendía en qué radicaba lo malo. Me decía: “¿Por qué los grandes sí se pueden besar y los niños con las niñas no?”. Era una pregunta que me hice enésimas veces y nunca logré tener una respuesta.

La abuelita nos hablaba todo el tiempo mal de Carlitos. Nos decía que era una mala compañía para nosotras, que las niñas jugaban aparte de los niños, porque éramos diferentes. La verdad, nunca encontré la diferencia, ni ese monstruo que ella nos quería hacer ver en Carlitos. Lo veíamos como cualquier chico de nuestra misma edad, con ganas de encontrar también respuestas. Ahora lo veo así. No sé qué pensaba mi hermanita de todo; ella era menos inquieta que yo, no hacía tantas preguntas y, bueno..., yo le llevaba un año de edad. Si ella tenía por casualidad alguna pregunta, me la pasaba a mí para que se la lanzara a la abuela. Pero... a veces mejor me mordía los labios y prefería callar, porque era yo quien recibía el castigo. Recuerdo que una vez me dio un montón de latigazos sobre las piernas y me arrodilló sobre granos de maíz. Allí duré como una hora, pero disimuladamente me quitaba los granos porque marcaban mis rodillas. ¡No!, no fue nada fácil ser niña.

Al fin y al cabo, como nosotras no comprendíamos lo que la abuela pretendía al darnos esos castigos, le permitíamos a Carlitos que hiciera el salto del tigre y pasara la cerca para que cayera en nuestro patio, mientras nosotras nos turnábamos para vigilar que la abuelita estuviera bien entretenida con su visita y así contar con tiempo suficiente para hacer un pollito asado con las tierrelitas que Carlitos cazaba con su honda. Las desplumábamos y las asábamos en un fogón que hicimos con piedras y trocitos de palos secos. Comprender la actitud de mi abuela

no era nada fácil. No nos dejaba en paz, nos repetía siempre lo mismo: que dizque debíamos tener buenos modales. ¿Modales, modales? Nunca supimos qué significaba esa palabra. Mi hermanita decía que esa era una palabra difícil de entender, pero que lo más seguro era que la abuela quería decirnos que mi mamá nos iba a traer ropa nueva o que nos iba a llevar a la modista. Solo esas cosas se le pueden ocurrir a una niña reprimida que crece sin saber a ciencia cierta cómo son las cosas de la vida y luego se va de bruces, porque la realidad le da cachetadas.

Mi abuela, Manuela del Cristo Rey, era un tremendo caso. Todo el tiempo nos vigilaba y hasta se escondía detrás de las puertas. En cualquier momento entraba al baño sigilosamente y nos sorprendía con una cara de espanto, como si se hubiera encontrado al mismo demonio desnudo. Todo porque nos encontraba comparándonos las margaritas y las manzanitas, o porque de vez en cuando se nos ocurría darnos un besito en la boca o tocarnos entre nosotras mismas para probar si sentíamos cosquillitas o algo parecido a lo que nos pasaba con Carlitos. ¡Vea usted! Siempre nos espiaba como si estuviéramos haciendo ¡algo terriblemente malo! Ella se alarmaba y le exageraba los hechos a mamá. Papá ni se inmutaba. Él decía que la crianza de las hijas era cuestión de las madres.

Una vez le dijo a mamá que nos había pillado *in fraganti* dizque haciendo arepitas. ¡Hum!, ¿arepitas?

Nosotras no entendíamos nada porque ni siquiera nos dejaban entrar a la cocina, mucho menos para coger sin permiso la harina de maíz. ¿Hacer arepas en el baño? “Esas son locuras de mi abuelita”, era lo único que podía responderle a mi mamá cuando éramos sometidas a un largo interrogatorio y recibíamos de rodillas otro de sus ejemplares castigos. Mientras tanto, ella, envuelta en quejidos y llanto, como si estuviera interpretando el personaje de Julieta en la escena de la muerte de Romeo, repetía una y otra vez el mismo parlamento (*imitando la voz de la abuelita*): “¡Ay, Dios! (*Se persigna*). Esto no es posible que me esté sucediendo a mí. Mis dos nietas con tendencias lesbianas; es inaudito y no lo permitiré (*Se da golpecitos en el pecho con el puño cerrado*). ¡Dios mío, qué hice mal con estas niñas! Así me toque tomar medidas drásticas, no permitiré que ustedes sean unas cualesquiera”. Ante tanto melodrama, no me aguanté y pregunté de una: “Abuelita, ¿qué es lesbiana?”. (*Imitando la voz de la abuelita*) “¡Silencio!”. Y, en medio de ese grito vagabundo, nos lanzó una vez más las amenazas (*imitando la voz de la abuelita*): “Escuchen bien, niñas, las voy a llevar con el psicólogo, con el pastor de la Iglesia, o se van para el internado, cada una ustedes a un lugar diferente, si no me dicen la verdad”. Y bla, bla, bla, bla...

PSICÓLOGO.—(*Insiste*). Estimada Nohelia, ya casi son las cinco de la tarde.

NOHELIA.—Doctor, ¿qué le pasa? Me la he pasado toda la tarde aquí, hablando y caminando de un lugar a otro, contándole prácticamente toda mi vida, y usted solo me interrumpe para decirme qué hora es. Dígame, ¿va a responder mis incógnitas? ¿O debo pagarle por esta supuesta consulta? Porque la verdad me siento hablando sola. Le hago otra pregunta: ¿será que, si mi abuelita me hubiera llevado al psicólogo en aquel momento, habría aclarado las incógnitas que sigo teniendo? Lo cierto es que ahora estoy aquí con usted, un psicólogo invisible, caminando de un lugar a otro, y ni siquiera tengo la fortuna de estar recostada en un diván como en esas películas de misterio donde la paciente se puede acomodar tranquilamente mientras le cuenta toda su historia al psicólogo. La verdad, no sé si usted me ha escuchado, y, de ñapa, no aclara mis dudas. ¡Dios mío! ¿Estoy aquí con el psicólogo? Usted siempre tan atento, y tal vez en este momento esté recostado sobre una silla abullonada con los pies sobre el escritorio o en otra silla. Creo yo que usted me escuchó sin interrumpir todo lo que dije, aunque estuvo en un rotundo silencio como el que acostumbra a tener nuestra sociedad ante las injusticias cometidas por los gobernantes.

PSICÓLOGO.—Está bien, Nohelia, entonces continúa con tu siguiente historia.

NOHELIA.—*(Se hace la desentendida y guarda silencio. Está sentada en un rincón de la habitación, mirando fijamente la pared, como queriendo adi-*

vinar el pensamiento del PSICÓLOGO. Finalmente, rompe su silencio). Doctor, es la segunda vez que le solicito una consulta. Lo hice porque me lo recomendó una amiga, y la verdad es que con otros colegas suyos llevo doce sesiones hablando de mi vida en todas las etapas. Yo tengo 28 años y, bueno..., le cuento esto porque estoy muy confundida y me gustaría escuchar respuestas a mis inquietudes. ¿Cree usted que el haber convivido con mi primer esposo solo seis meses, con el segundo tres meses, y que en este momento me sienta atraída irresistiblemente por mi amiga Helena, tiene que ver con la forma como fui criada?

PSICÓLOGO.—*(Pausa. Intenta decir algo).* Bueno, la verdad...

NOHELIA.—No me venga con el mismo cuento que dice mucha gente: que ser lesbiana es un trastorno mental o emocional, porque, la verdad, ni los científicos han podido explicar nada. Tampoco creo que se transmita por ósmosis... ¿O será que existe un estigma sobre el lesbianismo y la homosexualidad a sabiendas de que predomina la heterosexualidad? ¡Dígame, doctor! Por favor, dígame algo, no se quede callado. ¿Usted qué piensa sobre todo lo que le he dicho?

(El PSICÓLOGO ríe y guarda silencio).

FIN

ΒΕΤΑ

Revista digital de arte
ISSN 2665-508X

